

## FUNDADAS RAZONES. MAURICIO BACARISSE ESCRIBE A GUILLERMO DE TORRE

PABLO ROJAS

*UNED, C. A. Talavera de la Reina*

*A Carlos García (Hamburgo)*

### RESUMEN:

Aunque muerto de forma temprana, Mauricio Bacarisse se reveló como un importante poeta y novelista en el tránsito de la generación del 14 a la del 27. Buen amigo de Guillermo de Torre, aprovecha las cartas que le dirige para reflexionar sobre motivos muy diversos que sirven al estudioso de la literatura para conocer nuevas facetas de su pensamiento. Reproducimos en este trabajo once cartas enviadas por Bacarisse a Guillermo de Torre entre 1917 y 1928, un periodo especialmente importante en la trayectoria literaria de ambos escritores pues coincide con sus etapas de despegue.

### PALABRAS CLAVES

Mauricio Bacarisse, Guillermo de Torre, Generación del 27, Generación del 14

### ABSTRACT:

In spite of the fact that Mauricio Bacarisse died very soon, he revealed as an important poet and novelist during the years that come between de generations of 14 and 27. Bacarisse was a good friend of Guillermo de Torre, and uses his letters to think about different themes that are useful to the historians of the literature to know hidden faces of his thinking. In this work, we reproduce eleven letters sent by Bacarisse to Guillermo de Torre between 1917 and 1928, a period especially important in the literary trajectory of both authors because matches with their beginnings as writers.

### KEYWORDS

Mauricio Bacarisse, Guillermo de Torre, Generation of 27, Generation of 14

La lectura de la correspondencia que intercambian los escritores entre sí suele ofrecer recompensas al estudioso de la literatura porque le aporta datos relevantes sobre la vida y/o la obra de los correspondientes. Existe, sin embargo, un plano superior de intercambio epistolar, aquel en el que la carta trasciende lo anecdótico para ingresar en el terreno de lo literario, lo creativo, lo artístico. En tales ocasiones, el escritor tiende a adentrarse en las oscuras galerías de su conciencia para desentrañar los misterios que aquella atesora. A veces, el autor, espoleado por su correspondiente,

aprovecha la misiva para divagar con soltura sobre un tema apenas sugerido. Es lo que ocurre con las cartas que Mauricio Bacarisse envía a Guillermo de Torre. En ellas, apenas encontramos datos sobre su cotidianeidad. Bacarisse ejerce como una especie de consejero mayor sobre un prácticamente adolescente Torre al que, sin embargo, apenas le sobrepasa en cinco años de edad. Viene a ser, en este sentido, una especie de Patronio aconsejando a su pupilo Lucanor. Bacarisse aprovecha cada una de las cartas que envía a su dilecto amigo para disertar sobre un tema monográfico: el amor, la dicotomía campo-ciudad, San Sebastián, la muerte, la universidad, la tertulia de Pombo, etc. Aparte de las virtudes creativas, estas cartas nos ofrecen también cuantiosos e interesantes datos sobre el pensamiento de su autor, sobre su modo de acercarse al mundo que lo rodea.

En el índice de lo que iban a ser sus memorias, que quedaron inacabadas e inéditas, Guillermo de Torre apunta en un epígrafe lo siguiente: «Primeras amistades (Bacarisse)», lo cual indica que el autor de *El Esfuerzo* fue uno de sus primeros contactos de corte intelectual cuando se trasladó a Madrid para realizar estudios universitarios. ¿Dónde se conocieron ambos corresponsales? A ciencia cierta no lo sabemos pero no resulta muy descabellado lanzar una hipótesis con bastantes visos de realidad. En el Madrid de finales de los años diez, los dos se dejan ver con asiduidad por el Ateneo o por las tertulias que entonces proliferan por bares y tascas capitalinas. Desde luego asisten a la comandada por Rafael Cansinos Assens en el Colonial, un bar próximo a la Puerta del Sol, en el que germina la aventura del ultraísmo. Cansinos (2005b: 313) recuerda a Bacarisse llegando a sus famosos divanes rojos de la mano de un escritor, como él mismo, de vida truncada: Alfredo de Villacián. También son usuales conmitones de Ramón Gómez de la Serna en Pombo como testimonian las cartas que aquí prologamos y como el propio inventor de las greguerías se encargó de certificar en uno de sus volúmenes pombianos. Allí retrata a Bacarisse de la siguiente guisa: «un poeta verdaderamente nuevo, de cabeza interiormente poliédrica [...]. Casi siempre está serio, pero cuando sonrío, sonrío con seis sonrisas, o como sonrío un estanque en el que cae una piedrecita» (Gómez de la Serna, 1918: s.p.; Pérez, 1989: 21-22). Menos complaciente se muestra Gómez de la Serna (1918: s.p.) con Guillermo de Torre al que define como un «muchachito inteligente y delirante».

Como se recordará, en el célebre cuadro de José Gutiérrez Solana *La tertulia del Café de Pombo*, Bacarisse aparece en una posición preeminente, sentado «a la siniestra del padre». Otro secundario de lujo de esta época esplendorosa, el poeta Francisco Vighi, fijó literariamente el desarrollo de aquellas veladas en un poema que primero llamó «Tertulia» y posteriormente, al incluirlo en *Versos viejos*, retituló como «Tertulia de Pombo». Tanto Bacarisse como Torre forman parte del socarrón retrato trazado por Vighi (1959: 33-34):

*Grita Llovet. Calla Bacarisse*

[...]

*Miran a Torre y se estremecen  
los guardias y las viejas:  
él las cita a banderillas  
con las orejas.*

Las orejas de soplillo de Torre fueron habitual motivo de chanza entre sus contemporáneos como atestigua Gómez de la Serna (1918: s.p.) cuando habla de sus «grandes, anchas y abanicadoras orejas». El caso es que el autor de *Hélices* asistió desde temprana edad a la tertulia más famosa e iconoclasta del Madrid literario y allí coincidió en múltiples ocasiones con Bacarisse. Los dos, además, habían nacido en la capital. Bacarisse en el barrio de La Latina en 1895 en el seno de una familia de comerciantes venida a menos y Torre cinco años más tarde en la Plaza del Cordón dentro de un ambiente más desahogado pues su padre ejercía como notario. Los dos fueron lectores precoces y rápidamente descubrieron que su auténtica vocación residía en el mundo de la literatura. A ella se consagraron en cuerpo y alma, aunque hubieron de buscar un asidero económico que les permitiera sobrevivir. Bacarisse trabajó largos años en la empresa de seguros *La Unión y El Fénix Español* mientras Torre, haciendo caso a su padre, completó estudios de Derecho a los que, para su fortuna, nunca tuvo que recurrir pues supo vadearse con soltura en el mundo editorial desde bien temprano. Los dos estudiaron, en épocas distintas, en el madrileño Liceo Francés lo cual les orientó en gran medida hacia el campo intelectual francófono. Torre, de hecho, mantendrá a lo largo de su vida correspondencia con un nutrido grupo de escritores en lengua francesa, y de Bacarisse Manuel Machado (1921:4) dirá que estaba «impregnado del espíritu francés y de su literatura».

La primera carta que Bacarisse envía a Torre nos ha llegado, por desgracia, incompleta. Uno y otro son, por entonces, muy jóvenes: 22 y 17 años respectivamente. Sorprende, no obstante, el aplomo con que Bacarisse despliega sus argumentos en esta y en las siguientes misivas. Bacarisse es un hombre hecho a sí mismo que ha conocido las intemperancias de la fortuna, que ha tenido que abandonar los estudios para ponerse a trabajar y echar así una mano a la familia. No obstante, con «esfuerzo», tal y como titulará su primer poemario, ha conseguido sobreponerse a la adversidad y, en jornadas maratónicas, atiende con igual rigor a su jornada laboral en la casa de seguros y a sus estudios de Filosofía que culminará de forma brillante en 1922 en la Universidad Central. Las circunstancias vitales de Bacarisse parecen haberle curtido como persona y eso es algo que se aprecia en estos escritos en los que adopta un tono suavemente pedagógico, nunca engolado ni impositivo.

Esta primera carta tiene un interés especial pues trata sobre su ubicación como escritor y sobre algo más genérico y, si se quiere, gaseoso como es la misión del intelectual. Bacarisse juzga la suya en comparación con la acometida por el 98, repleta de dolores patrióticos pero de la que se siente deudor. Él mismo se ubica dentro de la generación del 14, la «generación de la guerra», refrenda. Mucho se ha discutido sobre el marco generacional en el que cabría encuadrar a Bacarisse. Roberto Pérez (1987; 1988: 42-47) se manifiesta firme partidario de integrarlo en el 27 y para ello aduce cuantiosas y solventes razones. Con ello, tal vez, pretende resarcirle de los ultrajes padecidos y estima que, adosándolo a ese plantel, crece su cotización. En cambio, Pedro Carrero Eras (1988: 1085) se muestra más cauto: «El último libro de versos, *Mitos*, revela el mayor acercamiento al 27 [...] pero la heterogeneidad de la obra, el tratamiento de temas episódicos y humanos, la persistencia en el empleo de la métrica regular [...] siguen poniendo de relieve el carácter independiente y difícilmente clasificable de la producción poética de Bacarisse». En esta línea parece moverse Jordi Gracia (2005: XXVII) cuando destaca «lo que tiene su poesía de exploración sin cuajar, de hallazgos dispersos y demasiado intermitentes, como si no hubiese llegado a sentirse cómodo con ninguna poética». Podríamos decir, como hace por ejemplo Guillermo de Torre (2001: 107), que Bacarisse es un hombre de transición, a medio camino entre el 14 y el 27. Con unos y otros guarda similitudes y comparte itinerarios estéticos. En última instancia lo que revela una vez más «el caso Bacarisse» es la limitación del encuadramiento generacional que muchas veces encorseta el estudio riguroso y sin apriorismos de cualquier autor, máxime de aquellos que tienen la desgracia –o la virtud– de nacer en un periodo fronterizo.

El intercambio epistolar se inicia en 1917, fecha de capital importancia en la trayectoria de Bacarisse pues coincide con la publicación de su primer libro de versos: *El Esfuerzo*, para algunos su obra más consistente. En él se mezcla prácticamente sin solución de continuidad lo viejo con lo nuevo. Si, por una parte, la impronta de Rubén Darío y del simbolismo francés es bien patente, lo cierto es que Bacarisse también propone nuevas rutas expresivas que serán apreciadas por los poetas que tratan de oxigenar la escena literaria española, inspirados para ello en la conjunción de ismos que por entonces sobrevuela por Europa. Uno de los principales impulsores de esos nuevos aires de modernidad es Guillermo de Torre; también Rafael Cansinos Assens, pese a su pertenencia al novecentismo, constata la necesidad de una renovación y espolea a las jóvenes hornadas a adentrarse por sendas inexploradas. Es por ello que no hace oídos sordos a las recomendaciones de dos de sus jóvenes pupilos: Alfredo de Villacián y Guillermo de Torre. Según recuerda Cansinos (2005b: 313), el primero habría escrito una reseña de la obra de Bacarisse en las páginas de *La Tribuna* pero estimaba que una aproximación crítica por parte del maestro sería mucho

más debeladora. A la par, Torre espolea al autor de *El divino fracaso* por medio de una carta que le remite el 6 de diciembre de 1917: «Hay libros de [¿sobrado?] relieve estético, que esperan que usted sus dardos exegético-lumínicos hacia su núcleo sensorial. Así *El Esfuerzo* de Mauricio Bacarisse, henchido de potencialismo energético irradiante de amplias luminosidades emotivas» (García, 2004: 56-57).

Lo cierto es que Cansinos (1918: 6) no tardará mucho en satisfacer los deseos de Torre y apenas un mes después dedica en las páginas de *La Correspondencia de España* una reseña a *El Esfuerzo*: «En el nombre de Mauricio Bacarisse hallan, al fin, su vinculación oportuna esas libres tendencias titánicas que, con los nombres de barroquismo, ultraísmo y futurismo, han ido escalando sordamente, desde 1907, el parnaso de belleza erigido por el romanticismo exaltado de los novecentistas». Resuenan en el artículo de Cansinos ciertas expresiones utilizadas por Torre en su carta, prueba de que el maestro estimaba el olfato crítico del aprendiz.

Como se ha recordado en diversas ocasiones, en el artículo de Cansinos aparece por primera vez la palabra «ultraísmo» antes de que el movimiento literario homónimo germinase un año más tarde, si bien es cierto que aquí queda asociada al concepto de «barroquismo». En la contorsión verbal del libro se fijó especialmente Guillermo de Torre, al que llamaba la atención el uso de expresiones tan poco habituales en poesía como umbelas, heliotropos, nematelminto, myosotis, hialinas, dehiscente, vida cinemática, etc. Muchas de ellas pasarán a engrosar su recargada jerga expresiva como bien se muestra en el artículo que el propio Torre dedica al debut de Bacarisse en las páginas de la revista *Cervantes*. Allí escribe cosas del siguiente tenor: «El primigenio libro dehiscente de Mauricio Bacarisse es como un alto, ciclópeo y atalayante adarve neolítico, erguido en el más allá de los inmáculos confines inexplorados, oreado por las ventolinillas árticas y antárticas, y en cuya abovedada vitralería se espejan lumínicamente las tremantes primicias meditativas de un orto bermejo y triunfal...» (Torre, 1918: 70).

Pura cacharrería engolada y huera. Lo cierto es que Torre acusará años después a Villacián, Cansinos o Bacarisse de ser los culpables de ese barroquismo desafortunado que lo poseía. Ya hemos apuntado en otra ocasión que el único responsable de tal extravío era él mismo (Rojas, 2014: 25).

En cualquier caso, Bacarisse se manifiesta con este primer libro como un adelantado a su tiempo. En el mismo ultraísmo encontraremos a personajes como el médico y poeta Rogelio Buendía, que se aprovisionará en el campo de la medicina de expresiones científicas poco habituales en la poesía hasta entonces en vigor. Años después, Dámaso Alonso hará lo propio en *Hijos de la ira*. Por otra parte, poemas como «Nisus», que cierra el volumen, podrían ser obra de un Jorge Luis Borges en sazón o perfectos representantes de esa poesía culturalista que domina el panorama

poético español de los años sesenta, en donde el autor muchas veces se desdobra en un personaje de la antigüedad clásica.

Las dos cartas siguientes son ya de 1918. En la primera el asunto central es San Sebastián, principal enclave turístico por entonces en España. Tanto Torre como Bacarisse eran habituales residentes veraniegos de la ciudad. Recordemos que la familia paterna de Bacarisse procedía del País Vasco francés y que en la capital guipuzcoana residía parte de su familia. Además, de la preeminencia del paisaje norteño con respecto al de la reseca meseta son buena prueba las palabras que dirige a Torre. Éste también era un enamorado de la capital donostiarra. Aprovechaba incluso su estancia en la ciudad para colaborar en alguno de sus medios como es el caso de *La Voz de Guipúzcoa*. De esta época data una prosa lírica titulada «Ensayo de galerna» que Torre fecha en San Sebastián en septiembre de 1918 y que dará a conocer en *Cervantes* en diciembre de 1920. Una figura capital en la trayectoria de ambos, Vicente Huidobro, refiere en una carta expedida a Gerardo Diego desde París el 16 de agosto de 1920 que «al pasar por San Sebastián tuve el placer de encontrarme con Mauricio Bacarisse» (Morelli, 2008: 71).

Según recordará Mauricio Bacarisse (1921, 11), «en agosto de 1918, el señor Cansinos-Assens, en unos soporíferos artículos, monumentos de indocumentación y desfachatez, creyó probar que mi obra poética era una imitación de la del poeta uruguayo Julio Herrera Reissig». En efecto, Cansinos considera allí a Bacarisse un epígono del uruguayo y advierte en ambos un similar tono angustiado. Bacarisse, pese a que por entonces no lo hizo en público, desmiente tal ascendencia en la tercera carta aquí compilada y para ello se sirve de un argumento incontestable: no había leído nunca a Herrera Reissig. El caso es que el propio Guillermo de Torre (1918: 79) insistirá en tal influencia y, como es de sobra conocido, extenderá tal contaminación, dentro de su querella por la paternidad del creacionismo, a la obra de Vicente Huidobro con un polémico artículo aparecido en la coruñesa *Alfar* (nº 32, septiembre 1923) bajo el título de «Los verdaderos antecedentes líricos del creacionismo en Vicente Huidobro. Un genial e incógnito precursor uruguayo: Julio Herrera y Reissig». El chileno contragolpeará con un bilioso e irónico artículo titulado «Al fin se descubre mi maestro» (*Alfar*, nº 39, abril 1924).

Las tres cartas siguientes son ya de 1919. En la primera de ellas, Bacarisse reflexiona sobre dos cuestiones muy del agrado de Torre: la antítesis campo-ciudad y la importancia de las metáforas en la lírica moderna. Torre sin ninguna duda prefería el ajeteo urbano antes que la placidez y el sosiego campestres. Sin embargo, el notariado de su padre lo hace deambular por diversas localidades rurales: Maeztu (Álava), Pola de Gordón (León), Fonz (Huesca) o Tomelloso (Ciudad Real). Siempre deseoso de partir hacia Madrid para integrarse en su chispeante ambiente literario,

la vida en dichos pueblos se convertía para él –y para su familia– en un suplicio. En sus citadas memorias inacabadas, de las que D. Miguel de Torre Borges tuvo la gentileza de proporcionarnos una copia, escribe Torre al respecto: «Nos sentíamos señoritos madrileños, desterrados, capitaleños irreductibles, condenados a vivir entre bárbaros. Nos adaptamos en lo mínimo pero siempre conservando las distancias y un aire de superioridad. “Madrid” es la nostalgia permanente, tácita o expresa». Para Bacarisse, en cambio, la vida de pueblo no resultaba tan perniciosa.

1919 es también el año en el que el movimiento ultraísta echa a andar. Una de sus principales señas de identidad consiste en el cultivo de metáforas e imágenes sorprendentes. Como habrán de señalar de forma concertada teorizadores del movimiento como Gerardo Diego, Jorge Luis Borges o el mismo Torre, la imagen se erige en una especie de piedra filosofal para el poeta vanguardista. En sus *Literaturas europeas de vanguardia*, Torre (2001: 329) dedica un capítulo a este asunto y allí establece que «la imagen es el protoplasma primordial, la substancia celular del nuevo organismo lírico». Bacarisse, por su parte, pese a manifestar cierta simpatía por el ultraísmo y colaborar con sus cofrades, por ejemplo en la velada del café Parisiana en la que interviene como presentador, estimaba que la imagen, con ser un elemento sustantivo del poema, no podía convertirse en eje exclusivo. Justamente al reseñar las citadas *Literaturas europeas de vanguardia*, formula Bacarisse (1925: 11) la siguiente pregunta retórica: «La poesía a base de imágenes, sin elementos intrínsecos musicales, sin ritmo, sin rima, sin alusión sentimental temática, ¿puede llamarse lírica?». La respuesta a esta pregunta es para Bacarisse obviamente negativa. Con todo, los argumentos de Bacarisse parecen haber calado en el mismo Torre (2001: 331) que en las citadas *Literaturas* escribe cosas como las siguientes: la «exaltación desmesurada del valor de la imagen ha llevado a sus cultivadores a una gran limitación y a una agobiante monotonía». Bien es verdad que Torre (2001: 332) hace recaer estos extremismos sobre la modalidad creacionista, en tanto él, en sus *Hélices*, habría sido capaz de combinar el cultivo de imágenes con otros elementos: la descripción, el humor, etc.

De amor trata Bacarisse en la sexta carta que envía a Torre. Bacarisse era en estas lides un ser afortunado. Pese a no llegar a casarse, no era infrecuente encontrarle rodeado de mujeres hermosas. A este respecto escribe Ramón Gómez de la Serna: «Era de los pocos que llevaban una vida digna hasta en el amor, y, siempre se le suponía enamorado y siguiendo desde lejos, como punto de referencia último en la línea de sus miradas, la sombra cárdena de su amada» (Pérez, 1988: 116). Torre, por su parte, antes de entablar relaciones con la que habría de ser su esposa, la pintora Norah Borges, cayó rendido a los encantos de una joven escritora chilena de paso por Madrid. En sus proyectadas memorias, Torre evoca: «Hace bastantes años co-



nocí en Madrid a una mujer fulgurante, iridiscente [...]. Desde luego, a los pocos días –¿o pocos minutos?– me enamoré de ella, o algo parecido. Teresa Wilms era hermosa, pero “decadente”». En efecto, Teresa fue una especie de *femme fatale* de vida atropellada y *fatum* trágico. Tras un matrimonio indeseado y ser recluida en un convento, Teresa Wilms, con la ayuda de Vicente Huidobro, escapará de Chile rumbo a Buenos Aires. Años después el escritor chileno trazará el siguiente perfil de la joven: «Teresa Wilms es la mujer más grande que ha producido la América. Perfecta de cara, perfecta de cuerpo, perfecta de elegancia, perfecta de educación, perfecta de inteligencia, perfecta de fuerza espiritual, perfecta de gracia» (Huidobro, 1926: 111). A finales de los años diez se establece en España. En Madrid visitará diversas tertulias como la de Ramón en Pombo o la del otro Ramón, Valle-Inclán, en el Gato Negro. Este último escribirá para ella el prólogo de su libro *Anuarí*. El caso es que la dama causó impacto entre el mundillo literario y, como señalábamos, Torre no fue inmune a sus efectos. Para tratar de conquistarla le dedicó en las páginas de *Grecia* un rendido homenaje: «Fémina sugerente. El espíritu sideral de Thérèse Wilms», escrito en su ditirámica jerga de la época, que no debió causar especiales efectos en la aludida. Teresa debía tener por entonces varios pretendientes. Huidobro, por ejemplo, pregunta por ella en las cartas que intercambia con Torre en esta época, al que pide que, para evitar incomodidades, aluda a ella como «el amigo Cruz» (Morelli, 2008: 18). Debemos recordar, a este respecto, que Teresa, henchida de misticismo, firmará algunos de sus libros bajo el seudónimo de Teresa de la Cruz. No tardará en salir de España rumbo a París. Allí, tras reencontrarse con sus hijas, fallecerá en la Nochebuena de 1921, a los 28 años de edad, víctima de una sobredosis de veronal. De nuevo, Torre (1923: 80) le rendirá homenaje esta vez por medio de un hermoso poema titulado «Madrigal a bordo», incluido en *Hélices*, que se cierra del siguiente modo: «Tu voz ya solitaria juega al corro / con la voz innumerable del mar».

Entramos así en 1920. El primer asunto que Bacarisse saca a colación en su correspondencia de este año está relacionado con los estudios universitarios en que ambos estaban por entonces enfrascados. Tras un largo paréntesis motivado por su necesidad de ayudar a la familia, Bacarisse reemprende sus estudios primero de Bachillerato que finaliza en 1918 y después de Filosofía. Recuerda a este respecto Roberto Pérez (1989:11) que en «el año 1921 aprueba las últimas asignaturas de la carrera, obteniendo el grado de licenciado el 26 de septiembre de 1922 en examen verificado ante el tribunal formado por D. Adolfo Bonilla, D. Julián Besteiro y D. Lucio Gil, los cuales concedieron a Bacarisse la calificación de sobresaliente». Con el título obtenido, Bacarisse opositó a cátedras de instituto y en 1926 obtuvo plaza en Mahón, destino que no llegó a ocupar por su lejanía de Madrid. Tras solicitar una excedencia, finalmente en 1929 reemprenderá su carrera docente ocupando, esta vez



sí, la cátedra de Filosofía del Instituto de Ávila. La experiencia universitaria de Torre fue, en cambio, mucho menos agradable como ponen de manifiesto las reflexiones de Bacarisse y como constata el autor de *Hélices* en sus memorias:

Los profesores, incompetentes, «maniáticos», sin el menor sentido didáctico. Demostraron su competencia en unas «reñidas oposiciones», aplastando mediante manotazos al contrincante, y de esa lucha les queda la agresividad, el malhumor. Cumplen -cuando más- formularia, mecánicamente. Explican una lección como podrían leer una página de texto, pasan lista, preguntan. Los más competentes son a veces los más ineficaces. Pedantería, suficiencia. La actitud belicosa, burlona de los alumnos les obliga a «madrugar», a estar en guardia, a defenderse atacando. Pero ¿cabe aquí ninguna pedagogía? 300, 400 alumnos en las aulas del curso preparatorio, un centenar en las de los cursos siguientes. Una hora teórica, tres cuartos o media de clase real. Cuando asoma el bedel, quitándose la gorra, por la puerta entreabierta, para todos es una liberación.

No es extraño por ello que a Torre le costara finalizar unos estudios de Derecho por los que no sentía interés alguno. Alguna asignatura, además, se le atraganta. Así, para finalizar «Hacienda Pública» tuvo que desplazarse en 1923 a la Universidad de Granada en donde, en compañía de Federico García Lorca, uno y otro consiguieron clausurar su calvario, dando como contrapartida una alegría a sus respectivas familias. El caso es que ni Lorca ni Torre, para bien de la literatura, orientaron sus carreras hacia el mundo de la justicia.

En la siguiente carta, Bacarisse, además de vindicarse como innovador, saluda la aparición de la revista *Reflector*, de la cual sólo se editó un número. Dirigida y costeada por el malogrado poeta santanderino José de Ciria y Escalante, contó con la colaboración de Guillermo de Torre como secretario. Bacarisse alude también a una discrepancia de pareceres entre Torre y el prestigioso crítico Enrique Díez-Canedo. Las desavenencias nacen con la publicación de Torre de su manifiesto «Vertical» que cierra el último número de la revista *Grecia*. Díez-Canedo dedica al asunto una glosa en las páginas de *España*. Bajo el título de «Un manifiesto» (*España*, núm. 292, Madrid, 4 diciembre 1920, pág. 11), Díez-Canedo atribuye a la bisoñez de su autor, 19 años, la osadía de su propuesta y se burla del lenguaje enrevesado de corte neofuturista allí empleado: «quizá el señor de Torre ha pretendido, con su manifiesto, lograr un efecto cómico: en ese caso lo ha conseguido plenamente». A este artículo aludirá el mismo Torre en su correspondencia con Cansinos en donde habla de «las muecas grotescas de ese saurio miope en *España*» (carta del 9 de diciembre de 1920; García, 2004: 157). En la polémica intercedió el director de *Grecia*, Isaac del Vando-Villar, que el 10 de diciembre escribe a Torre: «El otro día le di a Canedo las quejas

por lo de *España* y me respondió que personalmente te estimaba, pero que literariamente, dice, “que padeces una equivocación”» (García, 2004: 60). El mismo Canedo volverá sobre el asunto al reseñar en las mismas páginas de *España* el nacimiento de *Reflector*: «Últimamente hablando de un manifiesto de este bravo campeón, dijimos cuan equivocado nos parecía, y los trabajos que de él publica *Reflector*, en general, no nos hacen modificar el juicio» (*España*, núm. 294, Madrid, 18 diciembre 1920, pág. 11). Lo cierto es que, años después, el propio Torre hará acto de contrición por tales excesos y, desde el mirador de la madurez, juzgará como errados aquellos extravíos juveniles. Ya a mediados de los treinta, Torre no tendrá inconveniente para que Enrique Díez-Canedo colaboré en el *Almanaque Literario 1935*, una obra dirigida al alimón por el mismo Torre, Esteban Salazar Chapela y Miguel Pérez Ferrero.

Llegamos de este modo a 1921, año del que sólo se conserva una misiva. Se centra ésta en el homenaje que Ramón Gómez de la Serna tributó a José Ortega y Gasset en Pombo. El acto tuvo lugar el viernes 18 de noviembre de 1921. Como señalamos en nota aparte, fueron numerosos los medios que se hicieron eco de la noticia. Lo cierto es que las crónicas son telegráficas y apenas dan cuenta del desarrollo de la velada por lo que el testimonio de primera mano que aquí nos ofrece Bacarisse resulta impagable.

De 1923 también se conserva una única carta. En ella Bacarisse luce sus conocimientos filosóficos para divagar sobre el concepto de belleza en el arte.

Entre 1923 y 1928 se produce un largo parón en la relación epistolar entre ambos corresponsales. Es probable que el hecho de residir ambos en Madrid hiciera innecesario el recurso al correo para entablar conversación. Desde luego, Torre no se olvida de Bacarisse cuando desde Argentina se le solicita una especie de antología poética en la que figuraran los nombres más relevantes del actual momento lírico. Oliverio Girondo y Evar Méndez, director de *Martín Fierro*, solicitan a Torre lo que éste caracterizará después en la propia revista como un «panorama escogido en las figuras y tendencias que más relieve alcanzan dentro de la nueva generación».<sup>1</sup> Además de prosistas y pintores, Torre arma la siguiente antología lírica: Gerardo Diego, Federico García Lorca, Jorge Guillén, José Rivas Panedas, César A. Comet, Luciano de San Saor, Antonio Espina y Mauricio Bacarisse. La selección tiene su interés pues hace de bisagra entre el ultraísmo y el 27. De Bacarisse se publicará su poema «Pensamientos dobles» en un número dedicado a Góngora (*Martín Fierro*, núm. 41,

<sup>1</sup> S.f., «Nuestro próximo número», *Martín Fierro*, núm. 26, Buenos Aires, 29 diciembre 1925, pág. 192 (García, 2009: 293). Véase el largo capítulo «Antología de poetas españoles» en Carlos García, *Antologías y meridianos. Guillermo de Torre y Evar Méndez (1925-1929)*, Madrid, Del Centro editores, 2013, s.p.

Buenos Aires, 28 mayo 1927, pág. 344). Su autor lo recogerá con variantes en *Mitos* (1930), el último libro de versos que publica en vida (Bacarisse, 1989: 271-272).

Entre tanto, Guillermo de Torre tras poner en funcionamiento junto a Ernesto Giménez Caballero *La Gaceta Literaria* parte en septiembre de 1927 hacia Buenos Aires en donde permanecerá hasta 1932. De este periodo se conserva una última carta datada en Cestona en 1928. Por ella sobrevuela la sombra de la muerte que habrá de segar con su guadaña la vida de Bacarisse el 4 de febrero de 1931.

Aunque no disponemos de las cartas que Torre envía a Bacarisse –las cuales tal vez se han perdido–, las de este último revisten el suficiente interés para ser merecedoras de obtener publicidad. Hemos tratado de ceñir la anotación de las cartas a la información indispensable para allanar así su lectura, despejando en lo posible la voz de Mauricio Bacarisse de interferencias. Debo agradecer, finalmente, a Carlos García su lectura de este texto y el aporte de datos que ha permitido enriquecerlo.



Carta de Guillermo de Torre a André Breton, con su famosa «efigie» (André Breton Archives).

Se trata de un bois obra del pintor Antoine-Pierre Gallien.

**CORRESPONDENCIA**

1917

[1]

[Carta de Mauricio Bacarisse a Guillermo de Torre, 4 páginas manuscritas. BNE Mss 22819/13 (1):]

Madrid, 31 agosto 1917

Querido Torre:

Nosotros los jóvenes pertenecientes a la generación del 14, a la generación de la guerra, ¿seremos más o menos útiles a nuestra patria que los hombres de 1898? Muy halagüeñas son las contestaciones que me han dado algunos hombres a este respecto durante los últimos días transcurridos. Sin embargo, mucho temo que nosotros también dejemos sin solución el problema de España.

Tras la protesta de la generación del 98 se despertó la conciencia nacional; hoy, agobiados de injusticia y de traiciones se vislumbra que no habrá protesta o que será tibia y débil.

Desde el reinado de Fernando VII venimos decayendo con aceleración alarmante. La nota más repugnante de los tiempos moderados y conservadores, la nota sostenida durante un siglo, ha sido este *panglossismo*<sup>2</sup> de los ultramontanos: que vivir en el mejor de los mundos, en el mejor de los Estados, sin necesidad de reforma y de perfeccionamiento, era vivir en esta tierra de España.

Los otros hemos sido los descontentos, los amargos, los atrabiliarios. Una niebla de pesimismo ha caído en la infancia de nuestra centuria. Sentimiento de pesimismo, congoja de pesimismo, pesimismo propiamente dicho, ha sido nuestro doloroso sustento espiritual. La admiración general hacia Baroja tiene por causa el consuelo balsámico que da su estilo debelador y flagelante a la tristeza difundida, implícita y tácita. Lo que nadie quería o podía hacer en la calle, en el Parlamento, en las artes estaba condensado en un rotundo adjetivo, en un juicio agresivo, en una *boutade*.

Baroja, durante veinte años, ha buscado los elementos productores de coraje; su emisión literaria ha sido por ello la más digna y reconfortante frente al pueblo. Unamuno, más torturado por sus ideas y sus glándulas, ha superado en barroquismo, en tragedia, en retorcimientos a todos los intelectuales del mundo, exceptuando a Soren Kierkegaard y quizás a [Georges] Brandes.<sup>3</sup> Pero el gran don Miguel es para

<sup>2</sup> Pangloss es un personaje de Voltaire que aparece en su libro *Cándido*. Ante las mayores catástrofes, su optimismo le induce a pensar que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

<sup>3</sup> Bacarisse debió leer a este prestigioso crítico literario escandinavo en francés o tal vez en la obra de Unamuno. Este aprendió danés leyendo un libro que Brandes dedicó a Ibsen. Además, el filósofo bilbaíno confesó que fue el mismo Brandes el que le condujo a leer a Kierkegaard (sobre este asunto



*Homenaje a José Ortega y Gasset en Pombo (18 noviembre 1921). Flanqueando a Ortega, Azorín y Juan Ramón Jiménez. Detrás, Ramón Gómez de la Serna.*

los hombres de estudio; su obra llena de sollozos espirituales y de erudición es demasiado densa para ser ofrecida directamente a la multitud.

¿Podremos nosotros superar la obra energética de estos dos escritores? ¿Aventajaremos la intuición de Azorín, la inteligencia de Ramiro de Maeztu?

De 1854 a 1858 surgieron algunos hombres arrojados y fieles. Tarde o temprano capitularon todos. Hasta fin de siglo todo fue penuria o tristeza.

Costa, Ganivet, Macías Picavea lanzaron amargas lamentaciones y lograron hacer renacer la sensibilidad histórica. Durante seis o siete años se trabajó por el renacimiento. En 1909 murió todo el anhelo y acabóse la orientación robusta de principios de siglo.

La generación literaria del 14 for- [carta incompleta].

1918

[2]

[Carta de MB a GT, 4 páginas manuscritas. BNE Mss 22819/13(2):]

Madrid, 7 agosto 1918

Querido Guillermo:

Al llegar a Madrid, he hallado una carta dirigida desde San Sebastián, ciudad que yo acababa de dejar, y en la cual hemos estado simultáneamente sin que el azar favoreciera nuestro encuentro. Habiendo salido de Cestona el 27 en las primeras horas de la mañana, tu misiva fue directamente enviada a Madrid, único domicilio mío conocido en la fonda pues omití al partir comunicar el que tuviera en la bella Easo. Raro y triste ha sido que durante los cinco o seis días que yo he permanecido en ella no se hayan, en la calle, en la playa o en el casino, cruzado nuestras trayectorias. Invitado por mis tíos he tomado, tanto a la ida como a la vuelta, una pequeña *inhalación* mundana, que he dejado no sin melancolía, pues todo allí es acariciador y complaciente, como si el mar, en vez de estar cubierto de blandros, estuviera poblado de sirenas.

El mar con sus ráfagas impetuosas cargadas de sales marinas ha salvado el aspecto de la ciudad. Sin la pátina morena que presta, parecería de almidón y pasta flora ese conjunto de calles rectilíneas, uniformes y hasta uniformadas pues con facilidad se confunden por falta de fisonomía y de desgaire. El aire marino nos libra de la blancura cegadora, que en las modernas construcciones sería horrible; y así es posible dar el color del tiempo o una flecha como la del Buen Pastor que aunque reciente y de guardarropía yérguese con prestigio medieval.

San Sebastián es la ciudad atolondrada y frívola donde siempre se pierde un poco de seriedad y de rigidez que ya nunca se vuelve a recobrar. Es muy peligrosa para los pequeños polígrafos austeros y juiciosos, para los permisionarios y los ascetas: sobre todo para estos últimos pues todo está allí sarpullido de enseñanzas sardónicas —¿no has visto esos frailes barbados, de sayal taheño, que toman billetes para los toros en la cola interminable y nutrida?

Apuntemos, empero, que rejuvenece y devuelve a la vida. No atormenta como las ciudades de Castilla cuyas arquitecturas no se complace más que en recordar la muerte. La contemplación del mar es uno de los más puros e inexplicables gozos que podemos experimentar. ¿Recuerdas aquellas cortas líneas de Nietzsche en *La gaya ciencia* que llevan por epígrafe «Epicuro»; aquel enaltecimiento de la mirada ante las olas y el sol, con la absorción del tiempo en la magnificencia interior?<sup>4</sup>

<sup>4</sup> El pasaje al que se refiere Bacarisse es el siguiente: «Sí, estoy orgulloso de sentir el carácter de Epicuro de distinto modo, quizá, que cualquier otra persona, y de disfrutar, en todo lo que oigo y leo de él, la felicidad de la tarde de la Antigüedad; veo su ojo mirar a un ancho mar blanquecino, por encima



Castilla será siempre la meseta de las preocupaciones y del rencor hacia toda alegría. Cuando después de una turbia noche de viaje despertamos frente al Escorial,<sup>5</sup> la luz vuelve a cegar como no ciega en el norte, las aristas de las cosas nos arañan la retina, se siente uno más elevado, más arriba de la expansión, del comercio y de la felicidad.

La felicidad vive en los países verdes y húmedos, en las villas regocijadas y prósperas. Aquí hay demasiada sed y desesperación; se está incomunicado con la dicha. Hasta las cartas cariñosas se pierden antes de llegar a Castilla.

Lamento profunda y sinceramente no haber podido dialogar contigo en la rubia playa acerca de las pequeñas penas y los cortos premios. Alejados otra vez te haré partícipe de mis dubitaciones o de mis proyectos.

Deseándote alegres horas, te abraza

Mauricio Bacarisse

[3]

[Carta de MB a GT, 4 páginas manuscritas. BNE Mss 22819/13(3):]

Madrid, 30 agosto 1918

Querido Guillermo:

No sé por qué, pienso en aquel tierno y dulcísimo Tibulo que allá en la mayor fragancia de la más sonriente y esplendorosa época de Roma, compuso odas henchidas tan solo de respeto y fervor por la hermosura.<sup>6</sup> Un día pretendieron reclutarle y enviarle con alguna legión hacia tierras lejanas. El poeta resistió tenazmente, mas obligado por órdenes apremiantes se incorporó a pesar suyo y murió de melancolía antes de poder empezar a reñir. ¿Cabe la superchería en la muerte? ¿Por qué si al

---

de las rocas de la orilla en las que da el sol mientras juegan en su luz animales grandes y pequeños, seguros y tranquilos como esa luz y aquel ojo mismos. Esa felicidad sólo ha podido ser inventada por alguien que sufre constantemente, la felicidad de un ojo ante el que el mar de la existencia ha llegado a ponerse en calma, y que ahora ya no puede saciarse de ver su superficie y esa piel del mar polícroma, delicada y que se estremece: nunca antes hubo semejante modestia de la voluptuosidad» (Friedrich Nietzsche, *La gaya ciencia*, Madrid, EDAF, pág. 120). Por otra parte debemos recordar que en *El Esfuerzo* aparece un poema titulado «Nietzsche» en el que Bacarisse (1989: 111-112) se muestra extremadamente crítico con el pensador germánico, al que culpa de la explosión de violencia originada tras el estallido de la Primera Guerra Mundial.

<sup>5</sup> Bacarisse se muestra muy crítico con el Escorial en su poema «La tortuga del catolicismo» que comienza con estos versos: «La cúpula del Escorial, bajo el bautismo / del agresivo sol que irrita, ciega y daña / es el caparazón de hipocondría y saña / de la inmensa tortuga del catolicismo» (Bacarisse, 1989: 123)

<sup>6</sup> Del poeta latino Tibulo (Gabii, 54 a.C.-Roma, 19 a.C.) se conservan dos libros de elegías.



fin y al término de su apesadumbrado vivir la solución se ofrecía igual no optó el elegiaco latino por la forma más épica? Ahora que estamos en peligro de guerra y que tenemos también el alma en peligro, es preciso ir aprendiendo a tener a más de la sinceridad en la vida algo de franqueza en la muerte. Hace unos años creíamos en la desaparición del heroísmo, en la lejanía del sacrificio guerrero. No teníamos en cuenta esta abrumadora fatiga de occidente donde cada hombre está absorto y detenido ante el suicidio por la fuerza tan sólo de los argumentos morales y teológicos. ¡Absuelve y purifica tanto perecer por la patria! Los hombres más pesimistas y cansados han disfrazado su desgana de vivir con los abigarrados colorines nacionales.

Va siendo hora de decirlo claro. Hoy, como hubo una burguesía para vivir hay otra para fallecer, y se busca un buen destino en la memoria de los supervivientes, como antes se buscó un cargo en un ministerio. ¿Es lícito aceptar aquel timo, aquella estafa de Byron que hastiado de todo y enamorado de la muerte fue a Missolonghi a hacernos creer que regalaba su existencia en holocausto de la perdida libertad de Grecia? Hay que decir, no sólo por qué se muere, sino aquello por lo que no sería consolador morir.

\*\*\*

Cansinos-Assens ha errado la mirada. No he leído nunca ni un solo verso de Herrera Reissig.<sup>7</sup> El caso de que exista un parecido en nuestra técnica ni me sobrecoge ni me entristece. Si es cierto que mi propósito estético —¿dónde está?— quedó realizado y cumplido por el poeta uruguayo, mejor. Entonces escogeremos otra flauta.

Te abraza  
Mauricio

1919

[4]

[Carta de MB a GT, 4 páginas manuscritas. BNE Mss 22819/13(4):]

Madrid, 22 julio 1919

Querido Guillermo:

Mucho me extrañaba tu dilación en escribirme. Esas excelentes virtudes campesinas que tanto enaltece Baroja y que tú tanto desdeñas, y entre las cuales debe contar-

<sup>7</sup> Rafael Cansinos Assens, «Poetas americanos. Julio Herrera Reissig, *Los peregrinos de piedra*», *La Correspondencia de España*, 4 agosto 1918, pág. 5; «Poetas americanos. Julio Herrera Reissig. Sus influjos y su influjo», *La Correspondencia de España*, Madrid, 16 agosto 1918, pág. 4. Véase también del mismo autor «Ritmos y matices. Herrera Reissig y M. Bacarisse», *La Razón*, Montevideo, 3 septiembre 1918.

se la contumacia para con el género epistolar, deben ir influyendo en ti. La vida del campo parece la más conveniente para contestar cartas, para responder a un montón de innumerables cartas recibidas en todo el invierno. Y no es así. La vida campestre no facilita la producción estética ni estimula la amistosa correspondencia. Sensación de la existencia pura llamaba Rousseau a ese deleite del *far niente* aldeano o bucólico. He deseado, he ansiado más allá de la cordura el campo, el campo divino donde está uno con Dios y su conciencia, y donde si se cometen crímenes se efectúan con conciencia exenta, con libertad de alma, sin cómplices ni encubridores.

Pero la ciudad es la nodriza del cosquilleo creador. Si la manzana tentadora de la vida es la felicidad vámonos a la aldea del Fausto, donde doblan en el atardecer las campanas de oro. Si es una mentira eso del sosiego y del vivir en paz –la dicha– quedémonos en la ciudad luchando contra todo, con poca esperanza, pero con mucho denuedo, pues si la existencia está vacía de significado, llenemos la laguna con actividad.

¿Por qué amas tanto las metáforas? ¿Por qué te asombran ciertas imágenes y te deslumbran? Los trágicos no buscan las relaciones parciales de las cosas, eso es cosa de alumnos, de jóvenes de estadio; los espíritus dramatizados reciben en seguida en plena cara el zumo de todas las cosas. En detrimento de la cortesía (toda la filosofía en España es pura cortesía)<sup>8</sup> cultivemos las pasiones, aunque sean malas pasiones. Y no por imperativo vital sino también por imperativo literario. Desde Balzac hasta nuestros días –salvo Ibsen y Dostoievski– todos tienden a desapasionarnos. Wilde, tan deplorable, tan malo, tan ramplón, no ha contribuido poco y D’Annunzio tan declamatorio y tan huero es el primero que profana lo que quiere preconizar.

Abrazos fuertes  
Mauricio

[5]

[Carta de MB a GT, 4 páginas manuscritas. BNE Mss 22819/13(5):]

Madrid, 30 agosto 1919

Querido Guillermo:

Todo ha conspirado contra mi afán de libertarme de esta opresión urbana. Una indisposición de mi padre, algunos conflictos de estirpe privada y otras mil dificultades imposibles de vencer, me han impedido realizar un pequeño viaje, exigua reparación a mis cansancios.

---

<sup>8</sup> Quizá una velada alusión a la famosa frase de Ortega: «La claridad es la cortesía del filósofo».

Usando una expresión de Bernard Shaw, me decía no ha mucho un ateneísta: «Todo lo ven ustedes con los *ojos intelectuales*». Me extrañó que un hombre de lectura y de chismes usara esas palabras, y allí, en la casa donde todos los ojos son intelectuales y donde todas las miopías son también intelectuales.

Recuerdo que me dijo aquello acerca de la emisión de un pensamiento de origen exclusivamente patético. Era una sensación producida por una muchedumbre y una greguería (en sentido riguroso). «Parece gente que va al Juicio Final».

Aquello no era subsumir a una idea, ni concebir, ni juzgar. Era ver y padecer. Me pareció inadecuado e inoportuno que semejante modo de apreciar estuviese calificado de *visión intelectual*.

Visión intelectual es la que se mete en las causas del fenómeno, es la que ahonda más allá del mero espectáculo. La tal visión es casi siempre moralizadora o civilizadora. *Verbi gratia*: la intuición de las corridas de toros por Noel.<sup>9</sup>

Como visión intelectual reputo yo la que tienes de los pueblos, de los mansos y olvidadizos pueblos donde el hombre se puede perdonar a sí mismo. ¡Compasión para las aldeas! Ellas no envidian a las ciudades, como los hombres no envidian a Dios. Tan humilladas y martirizadas están por las urbes que a veces se permiten altanerías irrisorias.

De acuerdo, en aquello que la vida ciudadana es conjunto de amplias y magníficas amistades y que por el contrario el medio aldeano es estrecho rencor de enojada y malavenida familia, pero no le quitemos por eso el encanto de lo *abreviado* a los pueblos. En ellos se lee mejor la vida, como en un epítome.

El alma de los hombres es allí más fea –me dirás. Sí, pero preguntemos como Leopardi: «¿Para qué darle supremacía al alma del hombre?». El alma del paisaje, el alma del espacio es allí más pura. Y esta es una apreciación puramente estética, exenta de toda *mirada intelectual*.

Muchos abrazos  
Mauricio

---

<sup>9</sup> Eugenio Noel (Madrid, 1885-Barcelona, 1936) fue un contumaz activista anti-taurino. En este tono escribió libros como *El flamenquismo y las corridas de toros*, *Pan y toros*, *La capea*, *Vidas pintorescas de fenómenos*, *toreros enfermos*, *diestros y siniestros de embrutecimiento nacional*, etc.

[6]

[Carta de MB a GT, 2 páginas manuscritas. BNE Mss 22819/13(6):]

[Membrete:] LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL/ PARTICULAR

[Madrid], 17 diciembre 1919

Querido Guillermo:

Tu alejamiento te ha hecho ser más sincero. ¡Bien habidos los viajes! Me alegra mucho adivinar que eres feliz con tu recuerdo. Ama. Son los únicos momentos gratos de la vida. Algún día sabrás que un arrebato, una crisis, una congoja de pasión valen más que toda la literatura, que al fin y al cabo, la habida y por haber, ha sido y será siempre camama cuando se quiere anteponer al latido y gobernarle y encauzarle. Algún día creímos que virilidad significaba huronería y atrabilio; hoy sabemos que es abandono y plácida conformidad con el curso de las cosas. Yo soy tu viejo amigo, con un puñado de años más que tú y puedo ser –perdóname en gracia a mis buenos propósitos– en la cacería de los inolvidables deleites del alma tu ojeador. Ama a Teresa [Wilms],<sup>10</sup> a quien sea; a ella, mejor quizá que a otra. Ama siempre y admira poco. El asombro puede transformarse en pazguatería de papanatas, de bobalicón errante: un poco de ternura abre la puerta a una comunión cósmica. Las convenciones son muy dulces a veinte años. Recuerda lo que dijo aquel pobre que valía tanto como el mejor cubista o creacionista:

Je vous dirais surtout qu'Hassan dans cette affaire  
comprit<sup>11</sup> que tôt ou tard la femme avait son tour,  
et que l'amour de soi ne vaut pas l'autre amour.<sup>12</sup>

Estamos en pleno disturbio. Hay algo así como somatenes de adolescentes mauristas que disparan con pistolas impune e inconscientemente. Todo es más doloroso que de costumbre, en cuanto a arroyo y a la res publica afecta. Yo tengo un poco de sed de agitación. Ya que la provocación y la estupidez van en aumento.

Mi padre está bastante bien; mi tío que volvió de Alemania padece una tronco-pneumonía. Está mal. Te abraza

Mauricio Bacarisse

<sup>10</sup> Sobre esta autora chilena véase Ruth González Vergara, *Teresa Wilms Montt. Un canto de libertad*, Santiago de Chile, Grijalbo, 1993.

<sup>11</sup> En el original «sentit».

<sup>12</sup> Versos de Alfred de Musset (París, 1810-1857). Fechados en diciembre de 1832, pertenecen a su «Canto tercero».

1920

[7]

[Carta de MB a GT, 4 páginas manuscritas. BNE Mss 22819/13(7):]

[Membrete:] ATENEO CIENTÍFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO MADRID

[Madrid], 17 junio 1920

Querido Guillermo:

He recibido tu carta llena de encono para la Universidad y sus apacibles e inofensivos profesores. Si yo he tornado al estudio oficial es porque ya el dolor docente es mucho menos incisivo que para ti. Menos acostumbrado que yo a padecer la estupidez y la ruindad, te lamentas de un régimen que has de mirar dentro de años como bastante menos intolerables de lo que hoy juzgas.

He pasado triunfante por media docena de Tribunales tan divertidos a posteriori como enojosos a priori. Sin embargo, son estos hombres incomparablemente, para mí al menos, más inteligentes e interesantes que los hombres de la oficina, del café o de la tienda. Tienen algo de astros a medio apagar, de dioses con la americana sembrada de caspa, pero dicen cosas sabrosas en los exámenes y hasta, a veces, en lo escarpado de los interrogatorios llegan a formular preguntas donosamente enigmáticas. Lo peor es verles tan cansados, tan arrepentidos de su vocación, tan abrumados por la irremediable ignorancia del examinando que no puede nunca saber tanto como su examinador.

Les cuesta mucho trabajo a los pobres comprender que es muy difícil que un alumno (es decir un ser criado a sus pechos [?]) no haya conseguido aprender en un curso todas las cosas que ellos han aprendido en el transcurso de su larga vida profesoral.

\*\*\*

Me suceden cosas muy graciosas. En el fragor de mis exámenes, recibo un continental de una muchacha que desea hablar conmigo imprescindiblemente. No hago caso. Estoy asfixiado. Ella está en Madrid por pocos días. Segunda e insiste invitación. Ni contesto. Al cabo de quince días se me ha ocurrido citarla, pero, *hélas*, un botones me anuncia que ha tomado el tren anteanoche.

No me entristece. ¡Si vieras qué bonita está la Biblioteca del Ateneo, ahora en junio, con las ramas de las acacias que asoman a las rejas de esta celda buena y consoladora!

\*\*\*

Andrés González-Blanco se ha presentado frente a mí en las elecciones y me ha derrotado en la provisión del cargo (¡oh!) de primer secretario de la sección de Li-

teratura.<sup>13</sup> Ha trabajado como para un acta de diputado. Decididamente (perdona el galicismo, o mejor dicho no perdones, pues no eres [Mariano de] Cavia) no son los catedráticos los más pobres de espíritu en esta república.

Muy tuyo

Mauricio Bacarisse

[Añadido tras la firma:] No pongas «escritor» en los sobres porque me da mucha vergüenza.

[8]

[Carta de MB a GT, 2 páginas manuscritas. BNE Mss 22819/13(8):]

[Membrete:] LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL/PARTICULAR

Madrid, 11 diciembre 1920

Querido Guillermo:

He recibido tu carta, después del número de *Reflector* en que se cuenta con mi apoyo, y después de requerirme verbalmente me incluye en la lista de colaboradores el amable Ciria con atenciones que me halagan y honran.<sup>14</sup>

Sólo algún malvado aleve o algún imbécil o algún eunuco avieso pudo juzgarme sospechoso de atacar a las nuevas escuelas. Yo fui quien dio en España el primer grito de modernidad –dentro de la belleza y de la coherencia, claro es– y nunca he de desmentirme. Yo defendí el entusiasmo juvenil de una agrupación, una noche en Pombo, cuando todos los comparsas del grupo callaban ante las sangrientas burlas de Ramón, que preveía con su gran talento la cantidad de desorden y de ridículo que bajo el pendón de Cansinos iba a cobijarse junto al agudo talento y la inteligencia sutil. Nada me repugna en toda fórmula nueva a no ser la huera vanidad y la camama. Seré siempre el que he sido, y no está mal el recordarlo sobre todo cuando José Ciria tan amable, correcto y deferente ha reconocido en mí el camarada y el colaborador y me ha distinguido con la cordial amistad literaria y la inapreciable confianza.

Por otra parte, lamento mucho tu incidente con [Enrique] Díez-Canedo. Amigos míos ambos, he sentido ese malestar que da tal espectáculo, pues la amistad no puede

<sup>13</sup> Socio nº 9.755 del Ateneo, Mauricio Bacarisse ocupó, a partir de 1918, el cargo de Secretario 3º de la Sección de Literatura. Posteriormente, al finalizar sus estudios universitarios, fue nombrado Secretario 1º de la Sección de Filosofía.

<sup>14</sup> De la revista *Reflector* sólo apareció un número. Guillermo de Torre ejercía en ella como secretario de redacción. Bacarisse aparece como colaborador dentro de una larga serie de firmas. Su director, José de Ciria y Escalante (Santander, 1903-Madrid, 1924), le dedica el poema «Angustia» (*Reflector*, núm. 1, Madrid, diciembre 1920, pág. 16).

dulcificar las acritudes de intención y lenguaje que con siempre ser deplorables, en este caso por tratarse de mis amigos producen el natural disgusto.

Sabes que es tu compañero y amigo de siempre  
Mauricio Bacarisse

1921  
[9]

[Carta de MB a GT, 4 páginas manuscritas. BNE Mss 22819/13(10):]

Madrid, 19 noviembre 1921

Querido Guillermo:

Tu efigie de la Tarjeta postal, muy suramericana –todos los cancilleres y cónsules de esas repúblicas latinas se retrataban en sus tarjetas de visita– me pareció muy reconocible, y a decir de Bedoya,<sup>15</sup> con quien topé al retirarla de la vitrina, poco *ultraísta*. En eso, él es árbitro.

Asimismo, te recordamos anoche –presente para los compañeros– en el simposión a Ortega y Gasset.<sup>16</sup>

Modelo y ejemplar de banquetes todo corrección, sin que faltara la animación efervescente y la alegría que todo lo salva. Sólo cierta intervención rozó muy ligeramente la atmósfera solemne y respetuosa, más ello no revistió importancia para nublar tan grata fiesta.

Presentes estaban hombres tan llenos de reservas, como Juan Ramón Jiménez y Azorín que se sentaron a los lados del maestro. El discurso final de éste fue magnífico y dejó ver el sentido mítico de Pombo y su condición marcesible y perecedera. Recordó sus primeras e infantiles visitas al café; como entonces era para él algo viejo

<sup>15</sup> El periodista peruano Manuel A. Bedoya (1889-1941) escribió un crónica burlona de la velada ultraísta celebrada en Parisiana: «En pleno apoteosis del disparate. Los “ultraístas” dieron anoche una función de gala», *La Voz*, Madrid, 29 de enero de 1921, pág. 2. Entre otras afirmaciones, Bedoya sostiene que los ultraístas tienen como maestro a José Herrera Reissig. Bacarisse (1921) rebatirá tal argumento con su artículo «Otra vez Herrera Reisig».

<sup>16</sup> Ramón Gómez de la Serna agasajó a José Ortega y Gasset en la cripta de Pombo en la noche del viernes 18 de noviembre de 1921. Del desarrollo de la velada dan cuenta varios medios: S.f., «Agasajos y homenajes. A Ortega y Gasset», *La Acción*, Madrid, 19 noviembre 1921, pág. 5; S.f., «Banquete en Pombo», *El Liberal*, Madrid, 19 noviembre 1921, pág. 4 (este periódico yerra al dar como asistente a Torre); S.f., «En Pombo. Agasajo a Ortega y Gasset», *El Sol*, Madrid, 19 noviembre 1921, pág. 1; S.f., «Los pombianos. Fiesta de admiración y cariño en honor de Ortega y Gasset», *La Voz*, Madrid, 19 noviembre 1921, pág. 1. Cf. Carlos García, «Ramón y el banquete a Ortega en Pombo», en AA.VV., *Estudios sobre Ramón Gómez de la Serna*, Madrid, Albert editor, 2010, págs. 75-91.



y como por el contrario en la noche en que volvía todo lo encontraba más joven que él. Afirmó que era Pombo no sólo el último mito sino también la última barricada, pues las generaciones desde el Renacimiento a acá no han hecho sino negar las afirmaciones antiguas –y, según él– ya nada hay que negar y cuando Pombo se acabe las juventudes tendrán que edificar y urdir.

No era oportuno comentar su criterio, ni podemos alcanzar lo que haya de profecía en él.

Ramón muy atinado consiguió un gran triunfo al atraer a tal fiesta a las más respetables figuras intelectuales.

\*\*\*

Te supongo entregado a investigaciones estéticas y prácticas legales y antiestéticas.

Mi vida parece encauzarse al trabajo literario y aun con dificultades y atropellos, preparo cosas.

Contéstame. Ya sabes que no te olvido.

Un abrazo

Mauricio

1923

[10]

[Carta de MB a GT, 4 páginas manuscritas. BNE Mss 22819/13(9):]

Madrid, 3 abril 1923

Querido Guillermo:

En falta grave de descuido estoy contigo, mas tú, epistolar por instinto, me sabrás perdonar. Esa obligación y fuerza de la gratitud responde a tu interés por mi memoria: cincuenta cuartillas de apuntes dispersos de un espíritu desconcertado pero seducido por un punto de vista personal. Es, en pocas palabras, un ensayo de estética sentimentalista (si aún esta redundancia puede admitirse). Pero usemos de la redundancia, y después de explicada, aclaremos algo de la doctrina. Y esto para todas las cosas.

Yo no sé si conseguirán gran cosa esos que se llaman los metafísicos del arte, pero en cuanto se persiga la esencia de lo que hay de manual, de mecánico y de histórico en la técnica, no iremos sino a esos caprichos etnológicos tan divertidos y documentados, tan latosos al fin y a la postre de que son ejemplos meritísimos los trabajos y

tentativas de Grosse<sup>17</sup> y de Hirn.<sup>18</sup> Metafísica de lo bello, mejor. Sea o no lo que agrada, sin noción, en qué consista lo bello, debe ser preocupación diaria y tortura de esas que no debe dejar de darse el espíritu. Porque la belleza no está –ni soñarlo– en las cosas. En las cosas solo hay una actitud hospitalaria, receptiva, amistosa, para el curso de nuestros sentimientos, un albergue para una tarea nuestra, desigual y fortuita.

No estoy, sin embargo, en modo alguno, conforme con esa explicación por el hecho de la *Einfühlung* que viene a ser para los alemanes algo así como la célula, el elemento primordial de la vida estética. Lo exacto es que, si en efecto es célula, y puede ser que lo sea, lo será no de la vida estética, sino, como todas las células, de la Vida con mayúscula, es decir del conjunto de todas las actividades del espíritu y del cuerpo. Se me viene a las mientes –y esto es en este mismo instante– que ese fenómeno de *Einfühlung* debe ser estudiado por biólogos, porque en estos días que transcurren y pasan y mueren ¡ay! con tulipanes y almendros desflorados, lluvias y ayunos, sol, lilas mañana y cordero de pascua, siento mucho encono por esa presunción, esa soberbia que no me explico, del sesgo (muy siglo XIX) de la biología: el antipático y ruin mecanicismo. Bien está que no se coarte a eso que se llama la ciencia con obstáculos teleológicos, pero el truco burdo y grosero de la causalidad de laboratorio creyendo que no hay modo de utilizar el meollo, me hace cada día tener en mayor estima a David Hume, genial, bendito.

Y estamos ya cerca de la belleza ¿o dónde hemos ido a parar? No dogmaticemos por carta: si pudiéramos, si supiéramos –es cuestión de arte– hacer apetitosa para la atención esa menudencia de nuestra intimidad, lo mejor sería decir lo que nos pasa a nosotros, sin adoctrinar a nadie que quizá piense en comer una perdiz en escabeche o hablar con la novia en la reja y a la luna. Utitz,<sup>19</sup> el estético alemán ha dicho que el arte era algo así como el chisme, algo que no se resistía a la comunicación. ¿Será el arte el acecho, la selección de aquello nuestro, íntimo, entrañable que puede ya aspirar a interesar a los otros. Los otros fríos, ajenos, desdeñosos, desmemoriados enemigos?...

[Escrito en el lateral izquierdo:] Adiós, Guillermo, perdón y un abrazo  
Mauricio

<sup>17</sup> Ernst Grosse (Stendal, 1962-Friburgo, 1927), etnólogo alemán. En 1906 la casa barcelonesa Henrich y Cía. traduce en dos tomos su libro *Los comienzos del arte*.

<sup>18</sup> Yrjö Hirn (Lappeenranta, 1870-Helsinki, 1952), ensayista y profesor de estética finlandés, su obra más importante es *The Origins of Art: A Psychological and Sociological Inquiry* (Londres, 1900).

<sup>19</sup> Emil Utitz (Praga, 1883 - Jena, 1956), filósofo y esteta alemán. Su ensayo más famoso fue publicado en dos volúmenes, entre 1914 y 1920. Titulado *Fundamento de la ciencia general del arte*, representa un intento por construir una definición autónoma de la concepción de arte, diferenciándola del campo de estudio de la ciencia estética. Datos tomados de [www.biografiasyvidas.com/biografia/u/utitz.htm](http://www.biografiasyvidas.com/biografia/u/utitz.htm).

1928

[11]

[Carta de MB a GT, 4 páginas manuscritas. BNE Mss 22819/13(11):]

[Membrete:] HOTEL AROCENA / CESTONA (Guipúzcoa) / El único junto al balneario

Cestona, 26 julio 1928

Querido Guillermo:

Habiéndome descentrado un poco de la vida cotidiana, he descuidado mucho las respuestas. Fue tu largo y entusiasta panegírico del cual conocía el bosquejo, amable testimonio de tu amistoso y enaltecedor punto de vista.

Estoy un poco perdido, un poco esfumado –como en el destierro de mi personalidad– en estas aberturas de las montañas silenciosas y dormidas. Aquí la soledad ya no es sólo apartamiento, sino que toma cuerpo y se hace como la estatua de la soledad, para hacerse más acariable y terrible.

Estoy un tanto fatigado de la soberbia de la civilización. En los campos, junto a los ríos principalmente se ve el pulso de la vida, su latido, como en las muñecas o en las sienas del mundo. Ellos serán los sobrevivientes nuestros cuando la humanidad se extinga, cuando no quede de las dinastías, de las eras floridas, de toda la Historia, más que aquel cuadro de Balfour, desolador, reproducido y transcrito en el *Pragmatismo* de James.<sup>20</sup>

Hay una fuerza ascensional del alma que nos hace fatalmente pitagóricos, que nos lleva de noche a las estrellas y nos hace creer que serán nuestras moradas después de la muerte, pues entonces el prestigio episódico y romántico de cualquier existencia ya se habrá diluido en la brutalidad cósmica, cual si se hubiese mezclado con la tierra o fundido en el mar. Siempre vuelto hacia la eternidad recibo una proclama de POMBO tirada en papel marguilla y leo estas palabras de Ramón acerca de las bolas de cristal de color: «espejos cementales en que se refleja uno y toda la habitación como enterrados y como en ese recuerdo *ya lejano por anticipado que de nosotros se hundirá en el mundo*».<sup>21</sup> Conveniente es que la retórica se aplique a jugar con esa verdad alarmante, con ese horror de nuestra desaparición.

---

<sup>20</sup> Reproducimos a continuación la cita de Arthur James Balfour en el libro de William James, *El pragmatismo* (Buenos Aires, Aguilar, 1967, pág. 94): «Las energías de nuestro sistema decaerán, la gloria del sol disminuirá y la Tierra, sin mareas e inerte, ya no tolerará la raza que por un momento ha perturbado su soledad. El hombre descenderá al pozo y todos sus pensamientos perecerán».

<sup>21</sup> Ramón Gómez de la Serna, «Apoteosis entre cielo y tierra de mi estudio junto a mi muñeca de cera».

Se siente la amargura de Fausto al azucar los pueblos en fiestas: de nuestro empeño crearemos algún ajeno dolor irremediable siempre que se mezclará con la imposibilidad de olvidarnos de nosotros mismos, ansiosos de esfuerzo y sedientos de conocimiento.

¡Qué envidia se siente entonces por la vida inorgánica, que es la que manifiesta toda su supremacía! Los mismos golpes de campana de los relojes de torre de las iglesias grises son supremos y todopoderosos, ávidos de arrancarlo y empequeñecerlo todo. Ese bronce que no ha de morir suena con todo su imperio omnímodo y secular.

Cuando me restituya a la vida ordinaria, fuera de los absurdos termales, te escribiré algo más coherente y humano.

Te abraza  
Mauricio

## Bibliografía

Bacarisse, Mauricio, «Otra vez Herrera Reissig», *España*, núm. 301, Madrid, 5 febrero 1921, págs. 11-12.

\_\_\_\_\_, «Guillermo de Torre, historiador de literatura», *Plural*, nº 3, junio 1925, pág. 9.

\_\_\_\_\_, *Poesía Completa*, ed. de Roberto Pérez, Barcelona, Editorial Anthropos, 1989.

\_\_\_\_\_, *Obras*, ed. de Jordi Gracia, Madrid, Fundación Santander Central Hispano, 2004.

Cansinos Assens, Rafael, «Ritmos y matices. Mauricio Bacarisse. Lo barroco», *La Correspondencia de España*, Madrid, 18 enero 1918, pág. 6.

\_\_\_\_\_, *La novela de un literato*, 3 vols., Madrid, Alianza Editorial, 2005.

Carrero Eras, Pedro, *La obra de Mauricio Bacarisse*, Tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 1988.

García, Carlos (ed.), *Correspondencia Rafael Cansinos Assens – Guillermo de Torre, 1916 – 1955*, Madrid - Frankfurt am Main, Iberoamericana - Vervuert, 2004.

\_\_\_\_\_, *Federico García Lorca – Guillermo de Torre. Correspondencia y amistad*, Madrid - Frankfurt am Main, Iberoamericana - Vervuert, 2009.

Gómez de la Serna, Ramón, *Pombo*, Madrid, Imprenta Mesón de los Paños, 1918.

Gracia, Jordi, «Mauricio Bacarisse o el arte de la reticencia», en Mauricio Bacarisse (2004: XI-XLII).

Huidobro, Vicente, *Vientos contrarios*, Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1926.

Machado, Manuel, «Leyendo», *La Libertad*, Madrid, 19 junio 1921, pág. 4.

Morelli, Gabriele (ed.) con la colaboración de Carlos García, *Vicente Huidobro. Epistolario. Correspondencia con Gerardo Diego, Juan Larrea y Guillermo de Torre (1918-1947)*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2008.

Pérez, Roberto, «Mauricio Bacarisse y la Generación del 27», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 450, Madrid, diciembre 1987, págs. 121-137.

\_\_\_\_\_, «Ramón Gómez de la Serna y Mauricio Bacarisse: Historia de una amistad», *Letras de Deusto*, núm. 42, Bilbao, septiembre-diciembre 1988, págs. 113-125.

\_\_\_\_\_, «Introducción», en Mauricio Bacarisse (1989: 9-48).

Rojas, Pablo, «Alfredo de Villacián en su vuelo de Ícaro», *Cuadernos del Hipogrifo. Revista de Literatura Hispanoamericana y Comparada*, núm. 2, Roma, 2º semestre 2014, págs. 20-37.

Torre, Guillermo de, «Hermeneusis y sugerencias. Un poeta energético», *Cervantes*, Madrid, diciembre 1918, págs. 70-81.

\_\_\_\_\_, *Hélices*, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1923.

\_\_\_\_\_, *Literaturas europeas de vanguardia*, Sevilla, Renacimiento, 2001 [1ª ed., Madrid, Caro Raggio, 1925].

Vighi, Francisco, *Versos viejos*, Madrid, Revista de Occidente, 1959.